

es conservar y continuar al hombre" (13). Esta es la noble misión a la cual se siente llamado Alfonso Reyes.

Monelisa Lina PÉREZ-MARCHAND.

Programa de Radio,

Asociación de Graduados,

Puerto Rico. 1944.

(13) Op. cit., p. 245

## EL DESLINDE

Alfonso Reyes.—(Ediciones de *El Colegio de México*, 1944)

El menosprecio por la literatura es un achaque moderno que no ha escapado a los observadores. Podría hacerse un buen acopio de referencias sugestivas. En el prólogo de *El caso Wagner* Nietzsche limita el objeto de nuestras conversaciones: "todo lo restante —agrega— es charlatanería, *literatura*, falta de disciplina". Baudelaire en *El arte romántico*, caracteriza a los verdaderos literatos, en quienes, a su juicio, es inevitable en cierto momento el "horror a la literatura". Por su parte, la generación simbolista propaló hasta el cansancio la alusión despectiva de Verlaine: "Et tout le reste est littérature". ¿Qué raíz de resentimiento se oculta bajo esta denuncia —verdadero harakiri— de grandes poetas y escritores? ¿Qué apetito de esencias espirituales los lleva a flagelarse públicamente? Aquí sólo nos interesa indicar su afán no formulado de fijar la línea divisoria de las aguas profesionales.

De todos modos, dicha confesión de parte nada tiene que ver con cierta subestimación social de la literatura. En una reunión de personas medianamente ilustradas, cualquiera se siente con derecho a pronunciarse sobre esa actividad como si se tratara de un terreno baldío de la cultura. El más profano niega, afirma, opina y hasta se burla a su antojo, libre del escrúpulo que le inspiraría, por ejemplo, expedirse sobre una receta culinaria. Muchos se reconocen analfabetos en las distintas artes; casi ninguno en literatura. Más aun: el cientificismo ha inculcado tales prejuicios que cuando se habla de investigadores, se los admite en cualquier orden del saber, excepto en la literatura. ¿Una investigación exacta sobre el placer que experimenta el lector de novelas? Esto si que no lo toma en serio un lector que se respeta. ¿Dónde está el laboratorio? —parecen preguntar sus labios sellados por el asombro, henchido de suficiencia.



Alfonso Reyes acaba de publicar un libro que sumirá a esa clase de incrédulos en la mayor perplejidad. Se trata nada menos que de una investigación exacta sobre la literatura. No sólo dilucida problemas y estudia su carácter específico, sino que emplea un método cuyo rigor se ajusta al criterio más exigente. Su libro, titulado *El deslinde*, recoge —refundidas— cuatro lecciones que dictó desde el mes de junio de 1943 hasta marzo de 1944 en un instituto universitario de México. Pero lo que los científicos encontrarán más osado es que Reyes hable de Teoría y de Ciencia de la Literatura. Lo sepan o no, a ellos no les importa que estas disciplinas tengan desde hace tiempo un sitio aparte en los estudios estéticos.

Indirectamente hemos apuntado ya algunos de los temas focales expuestos en *El deslinde*. En efecto, el autor ha ido al encuentro de los preceptos que circulan dentro y fuera de la literatura, convirtiéndolos en el motivo de su densa indagación. No queda resquicio de esa trama teórica sin caer bajo su lupa. Desde el ordenamiento de las cuestiones, inclusive de las más menudas, hasta su severa y prolija interpretación, todo responde allí a las normas clásicas del método. Reyes no podía ser más consecuente con la segunda regla cartesiana, principio de las ciencias: divide cada una de las dificultades que examina en tantas partes como lo requiere su planteo claro y distinto. Tanto que *El deslinde*, a fuerza de preámbulos, escollos y desarrollo de agotadoras distinciones, parecería un tratado de estética *more geométrico*.

De tal modo, Reyes convence a los más descreídos y les gana la batalla en su propio terreno, esto es, científicamente. Aquellos que desconocen los avances de la estética moderna y entienden que ciencia y literatura son términos mal avenidos, verán en *El deslinde* sus prejuicios problematizados y disipados de una vez por todas. Reyes se encarga de esclarecer con lúcido discernimiento y abrumadora ejemplificación, los confines de la literatura con la psicología, la sociología, la historia, etc., lo cual sirve para aquilatar justamente la ciencia de la literatura. En *El deslinde* explora la fenomenología

literaria con una hondura y precisión de juicio que coloca a este libro entre las contribuciones más amplias y actuales en su género. Es la quintaesencia organizada de atisbos y enfoques, algunos de los cuales Reyes ha adelantado ya en obras anteriores como *La crítica en la Edad Ateniense*, *La antigua retórica*, *La experiencia literaria* y aún otras más lejanas, como ser *El suicida* (1917) y *El cazador* (1921). En su ensayo *Sumario de la literatura*, aparecido en estas mismas columnas (1), podría verse uno de los núcleos germinales de cuyo despliegue ha salido *El deslinde* y su arquitectura maduramente meditada.

*El deslinde* contesta en forma persuasiva a los indiferentes y a los refractarios a la teoría literaria, entre los cuales se cuenta el público lector y abundan también los artistas; pero Reyes asimismo facilita desde su libro el acceso al que ambiciona comentarlo de alguna manera. Por ejercicio de generosidad, le tira un cable al que se ve en apuros cuando tiene que abarcar un índice de problemas tan copioso, una trabazón tan estrecha y, sobre todo, una materia tan flúida. Quien reseña *El deslinde* no puede menos que llevar a la práctica el aprendizaje impartido desde sus propios capítulos con saber experimentado y ágil ingenio. A la cuantificación del dato es preferible su cualificación, repitamos, pues, empleando el lenguaje de Reyes. Es decir, renunciemos a la aventura de pretender dar una idea de su discurrir milimetrado y precavido que escapa, así por su profundidad como por su riqueza, a cualquier intento de estadística. No hay cuadrícula que aprehenda los paladeos del buen catador de las letras. Ciertamente es difícil *medir* las sinuosas e imbricadas reflexiones de Reyes sobre la autonomía de la expresión literaria, pero no es menos arduo *clasificar* el acervo de discriminaciones que perfila. Multitud de casos de la literatura universal somete a su criba dialéctica, a su razonar dotado de la íntima sordina del coloquio, a su incisiva intuición, en fin, a su certero buen gusto.

(1) *Sur*, No. 75, diciembre de 1940.



Alfonso Reyes aísla el fenómeno literario, específicamente literario, lo mismo que un estratega sitia a una ciudadela. *El deslinde* previo consiste en despejar de equívocos la nomenclatura. Establece luego una inteligencia con el lector acerca del uso de algunos términos y nociones fundamentales. Reyes puntualiza el alcance técnico de la literatura pura y de la que denomina ancilar o de servicio, sea en función del idioma, de instancias líricas o de intereses morales. Después aclara el concepto de lo humano, acota el sentido semántico y poético, especifica los préstamos y empréstitos en el drama, la novela y la poesía. Más adelante agrupa los deslindes en dos grandes series de tres partes cada una: desentraña las relaciones medianeras de la literatura con la ciencia de lo real y la historia, por un lado y, por otro, examina la demarcación de la literatura con vistas a la teología y la matemática. A su vez estos descartes se subdividen en siete etapas. Cada serie prolifera en sutiles distingos que salen unos de otros como las inagotables cajas en el cubilete japonés. Por una red de apartados e incisivos explicativos —“¡Dédale nos asista!” exclama irónicamente el propio Reyes— avanza en formación cerrada el juicio alerta y sorpresivo. Precede a sus movimientos de rápido flanqueo el espíritu de finura, el cual, a través del lenguaje metafórico, gana en poder de penetración y de sugestión descriptiva. Oigamos la salvedad final de Reyes: “...arrojé a los pies de mis dioses algunos de mis juguetes más queridos: la venustez de las frases y el deleite de las cadencias. Y me resigné a atravesar por campos de abruptos tecnicismos”.

¿Queda algún aspecto o debate de la literatura fuera de este inventario acuciosamente revalorador? Alfonso Reyes mide, pesa y cuenta los conceptos mediante aparatos de precisión estimativa. La noción de servicio aplicada a este tipo de creaciones, la función del lenguaje desmontada hasta sus más mínimas piezas, el sondaje de la interioridad poética y de la ficción literaria, en todos esos problemas Reyes descubre nexos tan imprevistos que a menudo equivale a plantearlos de nuevo. Sus reconocimientos en las zonas

fronterizas de la literatura con la abstracción matemática y la experiencia mística, arrojan una inapreciable luz sobre controversias recientes. En sus apremiantes análisis resurge el sistema de “simpatías y diferencias”, tan familiar en la vasta obra de Reyes, aunque ahora se ciñen al rigor de la descripción fenomenológica. La nueva malla acusa mejor el relieve de los músculos trabajados sin trabajar el ritmo libre y espontáneo del que discurre. Reyes a cada rato anuda y reanuda los hilos de sus delimitaciones de acuerdo con el propósito que declara al frente de su libro: “El primer paso hacia la teoría literaria es el establecer el deslinde entre la literatura y la no literatura”.

Sería un error creer que los esclarecimientos de Alfonso Reyes responden a confusiones sustentadas sólo por el vulgo. El menoscabo de la literatura, así como los vislumbres inciertos sobre sus problemas, son debilidades que aquejan a propios y extraños, quizás más a aquellos que a éstos. Dentro de la esfera de la cultura, altos pensadores acreditan con su prestigio toda suerte de prevenções. Así las que Bertrand Russell inserta en sus agudos *Ensayos de un escéptico* nos acompañaron sin compartirlas durante la lectura de *El deslinde*. “La tendencia de la cultura de nuestro tiempo es, y probablemente seguirá siendo, acercarse a la ciencia, alejándose del arte y la literatura”, afirma allí el ilustre matemático. Recuérdese el desdén de los propios escritores, a que aludimos al comienzo de esta nota, y habrá que convenir que la coincidencia exigía el análisis detenido que le consagra el autor de *El deslinde*.

Ahora bien: Alfonso Reyes demuestra que ambas direcciones del espíritu son compatibles. Mejor dicho, su reciente libro atestigua hasta donde la literatura es susceptible de sujetarse a un tratamiento sistemáticamente científico. Se dirá que Taine y Brunetière hicieron otro tanto en su época, influenciados por el auge de las ciencias físico-naturales, y a despecho de la famosa “bancarrotta”. Pero bastará tener presente el ensayo de Lanson escrito treinta años atrás sobre el método en la historia literaria, para advertir cuánta



agua ha corrido desde entonces. Sólo entonces se apreciará la afluencia fertilizadora en la literatura que provocan las disciplinas auxiliares puestas al día y de las que Reyes sabe sacar tanto partido. El hecho literario resulta así un mundo de articulaciones insospechadas si se lo inspecciona desde ciertos ángulos, como los nuevos conceptos de la psicología, de la estilística, de la historia, de la sociología, etc.

*El deslinde* es un docto tratado de estética escrito en un idioma como el nuestro en que escasean los aportes de tamaño volumen. Recurrirán a él con provecho aun los estudiosos de cualquier procedencia que están al tanto de la última y más completa bibliografía. Este libro constituye un docto tratado donde el autor se muestra fiel a la norma y al empirismo, si bien reserva sus preferencias para la sensibilidad y la fantasía. *El deslinde* es pues una introducción al método de Alfonso Reyes, digamos, asociando el recuerdo de Valéry y de la común devoción al rigor de la ciencia llevado a las invenciones del espíritu.

Dicho ésto, casi no hace falta poner en guardia a los que no están familiarizados con su hermenéutica. Es un tratado, sí, pero concebido según el procedimiento de las ciencias culturales. Reyes avanza como un rabadomante de la poética en busca de estructuras de expresión, de comunicación, de lirismo, de humor. Allí donde su vara sensible se detiene, denuncia el hallazgo con un deslinde que es como marcarlo con una piedra blanca. Reyes desiste de formular conclusiones. "Ello equivaldría a levantar murallas donde sólo quise adivinar rumbos", son sus palabras. Abandona a los graves eruditos el trazado de los vastos sistemas de orografía literaria; él prefiere perderse por los escondidos senderos de montaña. Se entrega a la contemplación del paisaje sin olvidarse que lleva entre manos un instrumental de micro-agrimensura y que se debe también a la realidad objetiva. "Nada de abismos —dice Valéry acerca de Leonardo—. Un abismo le hace pensar en un puente". También Reyes proyecta puentes colgantes entre los viejos con-

ceptos de la escolástica literaria que pontifica sobre la verdad y la ficción, sobre la imitación y la verosimilitud, sobre el sentimiento y el trasunto verbal. Oigámoslo: "El ejercicio que me propuse era a la vez humilde y cruel: tender un puente, y negarse a la tentación de cruzarlo; y siendo adepto de la poesía, consagrarle en lugar de un himno, una sucesión de fríos discrímenes".

Fiel a los dictados de las ciencias del espíritu, Reyes emplea un modo de comprensión *sui-géneris* que está conformada con arreglo a la naturaleza del fenómeno literario. Su avisada captación no atiende a las partes, ya que éstas, estrictamente hablando, no existen en un poema o una novela, sino a sus peculiares conexiones de sentido, a los segos que conducen a su totalidad viva. Reyes desmenuza el proceso de la creación imaginativa sin perder de vista el valor que ella expresa. Intenta pues una revisión integral de los conceptos formales y propone un nuevo itinerario que permite ver cómo el impulso psíquico cuaja en una trasposición creadora. La trayectoria es exhaustivamente minuciosa, aun cuando los márgenes están repletos de anécdotas y curiosidades ilustrativas. Ese análisis estructural de la literatura, en las manos de Reyes, descompone el mecanismo en plena función. El autor de *El deslinde* prefiere la vivisección a la autopsia de la obra literaria. Desmonta la ensambladura técnica a la luz de la síntesis que es privativa del arte. Cuida tanto el examen de cada pieza como discrimina, en otro plano, la concepción del mundo que subyace bajo las palabras y las imágenes, sin excluir las influencias extra-estéticas, los factores históricos, los estímulos sociales, etc. El objeto de Reyes es parcelar los latifundios teóricos que se extienden —magistrales e informes— a lo largo de las indigestas preceptivas. Estas últimas exhiben en frascos de alcohol los órganos de la novela; los "deslindes" de Reyes muestran las estructuras en cuya coordinación y elaboración se funda su complejo de valores.

Finalmente, Alfonso Reyes, dentro de esa sabia configuración de especies y categorías de la creación literaria, comprende la índole



de cada una. Pero al mismo tiempo las juzga, es decir, rechaza y asiente, compara y distingue cuando entran en juego jerarquías de valoración crítica. Fundamentalmente Reyes define por qué estos cuidadosos "deslindes" contribuyen al más acabado goce y apreciación de los productos del espíritu. Semejante empresa de pulcro definidor sólo podía acometerla quien como Reyes está de vuelta de una larga, múltiple y bien cernida "experiencia literaria". El poeta y el crítico, la doble conciencia de artista y de investigador de la literatura, el historiador y aun el consumado traductor, todos esos aspectos que enriquecen la personalidad de Alfonso Reyes le dan una inusitada autoridad a estas lecciones ejemplares.

Es raro ver conciliada tan diversa competencia, no digamos ya en obras escritas en nuestro idioma, sino incluso en autores europeos que se especializaron en ese género de trabajos. Y más raro todavía es ver que la doctrina arrastre entre líneas un rico sedimento de autobiografía y de confidencia, dosaje humanista que es uno de los rasgos espirituales de Alfonso Reyes. Nos enorgullecemos, pues, de que en castellano y en nuestra América se haya anticipado un libro como *El deslinde*, que será en lo sucesivo una obra de imperiosa consulta.

Luis Emilio SOTO.

Sur. Buenos Aires, febrero de 1945.

páginas 75-81.

#### ALFONSO REYES: EL DESLINDE

A worthy companion to *La Crítica en la Edad Ateniense*. I know of no more thorough student of literary theory now living than Alfonso Reyes. The enormous work is but Prolegomena: the first step toward the theory of literature is to establish the dividing line between what is and what is not literature. "Such is the purpose of this book. It does not seek to penetrate the inmost nature of literary experience; it strives to determine its coordinates, its location in the field of the activities of the spirit; it is concerned with the 'outline', the external boundary of literature, not with its structure. Esthetic value is taken for granted, and referred to solely as an indispensable and accepted notion" (p. 18). As I have dealt with the same problems, in a much more elementary fashion, in *Literature and Society*, and in *Art for Art's Sake*, I feel I can appreciate the learning, the profundity, the subtlety, of Reyes' mind. This very appreciation prevents me from giving a summary of the book. It is the effort, the method, the illustrations, that matter, not the bare bones of a theory.

When you trace a frontier, you are tempted to be interested in both sides of the line. Reyes goes quite deeply into the theory of science, history, logic, mathematics and even theology. I know that the age of specialists is past, and that whether we start from the cell, the electron, the star, the root of minus one or an Eskimo dialect, we are all supposed to land into the Nth dimension, and call the process Semantics. Every thinker worth his salt is expected to be at least a Thomas Aquinas, a Pico della Mirandola, a Hegel, a Spengler and a Grece rolled into one. *De omni re scibili, et quibusdam allis*. It can't be done, but it is good fun. We are through—for a season—with those Dryasdusts who knew ever more about less and less.

The book is very pedagogical, with scholastic subdivisions and



synoptic tables. But in Alfonso Reyes the artist is not smothered by the encyclopaedist. He draws sharp and intricate lines, but he knows that they are of our own making, and meant to be transcended. "Pero el progreso del conocimiento consiste en perderse para salvarnos; y el humano pensar vive siempre del contrabando. Este límite debe, pues, entenderse con delicadeza, con cierta 'nobleza de conducta,' y bien puede decirse que es un límite en marcha." Reyes possesses *l'esprit de finesse* as well as *l'esprit géométrique*.

Albert GUERARD.

Stanford University.

Books Abroad - University of Oklahoma,  
Norman Spring 1945.

## EL DESLINDE

PROLEGOMENOS A LA TEORIA LITERARIA

(El Colegio de México, México, 1944)

Alfonso Reyes

Con grave sentido de responsabilidad, con plena conciencia de la inextricable complejidad de la tarea, en posesión del dominio que la madurez otorga, emprende el autor el deslinde. Trátase de delimitar, en el ancho cauce de las actividades humanas, aquello que pertenece específicamente a la creación literaria, separándola, mediante finos cortes longitudinales y transversales y delicadas incurvaciones adheridas a la línea de su fluctuante realidad, de los territorios que inciden en ella por razón de su universalidad humana o de aquellos sobre los que ella avanza —préstamos y empréstitos— al servicio de fines ajenos a la pureza de su más íntima intención.

Puntos de partida e incitantes de la empresa: por el fondo, el voluminoso intento de morfología histórica de J. Toynbee en su *A study of History*; en la forma, el método fenomenológico de descripción pura de esencias propuesto por Edmundo Husserl y aplicado, en una u otra forma, a las diversas esferas de la realidad, por la totalidad de sus discípulos.

De la primera toma el movimiento y la intención, llevándolos a un asunto inédito. El método fenomenológico sólo puede alcanzar aplicación a tema tan sutil y flúido —y así lo ve con gran perspicacia el autor— mediante el aprovechamiento de la distinción husserliana entre esencias exactas e inexactas. Trátase de la delimitación de un campo de realidad por esencia inexacto, indeciso y aproximado. "El estudio del fenómeno literario es una fenomenología del ente flúido".